

pecto que repartió en 1819 anunciaba además que muy en breve publicaría el *Essai sur les*

reimpresas varias veces clandestinamente, no siempre es fácil apurar las fechas. De las *Cartas Persianas* conozco dos ediciones (Nimes, 1818, y Tolosa, 1821) aunque hay ejemplares con la falsa data de Cádiz, en la *librería de Ortal* (dos tomos).

—*Emilio ó de la Educación*. Burdeos, 1817, tres tomos en 12.º Madrid, imprenta de Albán y C.ª, 1821: dos tomos en 8.º Reimpreso hacia 1850 en el folletín de *Las Novedades*, pero suprimidos los nombres de Rousseau y Marchena para evitar el escándalo.

—*Julia ó la nueva Eloya. Cartas de dos amantes habitantes de una ciudad chica á la falda de los Alpes, traducidas por J. Marchena. Con láminas finas*. Tolosa, *Bellegarrigue*, 1821; cuatro volúmenes en 12.º francés. Reimpresos en Versalles, *Imprenta Francesa y Española*, 1823; Barcelona, 1836, imprenta de M. Sauri (otros ejemplares dicen imprenta de J. Tauló): siempre en 8.º Hay otra edición en 4.º también de Barcelona, 1837, imprenta de Oliveres. No debe confundirse la versión de Marchena con otra que hizo Mor de Fuentes, llena de extravagancias de lenguaje. (Barcelona, imprenta de A. Bergnes, 1836-1837.)

Novelas de Voltaire. Burdeos, 1819; Sevilla, 1836 (una y otra en tres tomos en 12.º) Hay otras ediciones, entre ellas una reciente de la *Biblioteca Perojo* (dos tomos en 4.º con un breve prólogo de D. Juan Valera).

Compendio del origen de todos los cultos. Barcelona, 1820 (parece impresión extranjera); Burdeos, 1821.

Las Ruinas, ó Meditación sobre las Revoluciones de los Imperios. Por C. F. Volney. Va añadida la *Ley Natural Nueva, traducción en castellano de la última edición del original francés*. Por Don Josef Marchena. Segunda edición, adornada con cuatro láminas. Burdeos, imprenta de D. Pedro Beaume, 1822. 8.º

mœurs y el *Siglo de Luis XIV*, y quizá hiciese alguna otra versión que no ha llegado á mis

Hay otra edición de París, 1842 (librería de Panckouke). *Las Ruinas* habían sido ya traducidas al castellano, é impresas clandestinamente en 1797, dando ocasión á un ruidoso proceso, de que habla demasiado rápidamente Quintana en la biografía de Meléndez.

Manual de Inquisidores, para uso de las Inquisiciones de España y Portugal, ó compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores de Nicolás Eymerico. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpellier. F. Avignon, 1819: XII-159 páginas. (Hay ejemplares con portada de Burdeos.) Ésta y la que sigue son las más raras entre las traducciones de Marchena, porque no creo que se reimprimieran nunca.

De la Libertad Religiosa. Traducido del francés del señor A. V. Benoit; por D. Josef Marchena. Impreso en Barcelona. (Puede que así fuese, pero los tipos parecen extranjeros.) Al fin se lee esta curiosa *Nota del traductor*, la cual prueba que el libro no había sido impreso antes de 1820:

«En la obra del Sr. Benoit que presentamos al público español se contienen los verdaderos principios de una sana legislación en materia de religión. Pero habiendo la *Constitución española privilegiado un culto religioso, nos proponemos dar á luz otra producción original nuestra con el título de «La Tolerancia Religiosa»*. En ella exponemos los medios que creemos más acertados para allanar el camino que ha de conducir á la libertad de cultos, sin excitar disturbios en la plebe, y especialmente para templar, en cuanto fuere dable, los males que acarrea necesariamente al estado un culto que se ha declarado nacional. Este libro será utilísimo á nuestra nación, porque no sólo determinaremos en él las relaciones que contrae un estado

manos: porque Marchena inundó literalmente á España de engendros volterianos, y á pesar

con un culto cualquiera que ha declarado privilegiado la ley, mas también concretaremos nuestras ideas á la religión católica, que es la que la nación española declara nacional, y cuyas relaciones actuales con el Estado tanto importa por consiguiente fijar con exactitud.»

En todas estas traducciones puso Marchena su nombre, y creemos que fueron las únicas que hizo de libros de este género; aunque con ningún fundamento le han atribuido otras, por ejemplo, la rarísima de *El Contrato Social* (Londres, 1799), una de la *Pucelle* de Voltaire (en prosa) que suena impresa en Cádiz, 1820, y otra (en verso suelto) de la *Guerra de los Dioses*, sacrilego, monstruoso y brutal poema de Parny, que se ha impreso en castellano dos veces por lo menos, y cuyo traductor, que á juzgar por el estilo no era lerdo, se ocultó con el seudónimo de *Ludovico Garamanta*. Algunos la atribuyen al periodista Ramajo, uno de los redactores de *El Conciso* de Cádiz, en la primera época constitucional.

A la primera edición de las *Cartas Persianas*, hecha en Nimes, imprenta de P. Durand-Belle, 1818, acompaña una curiosa *Advertencia del traductor*, que, por no haber sido reproducida en las ediciones posteriores, creo conveniente intercalar aquí:

«Ridícula cosa fuera detenernos á recomendar el mérito de las *Cartas Persianas*; que ni necesita de nuestros encomios el nombre de Montesquieu, ni hay en Europa sujeto medianamente instruido que no haya aprendido á venerarle. Las cartas que damos á luz en idioma castellano son un entretenimiento de su esclarecido autor; pero como los juegos de Hércules, siempre en ellos se columbraba el vencedor de la Hidra y el domador del Cerbero.

»Fué nuestra primera idea quitar aquéllas que aluden á sucesos del tiempo, y estilos que ya han variado; pero

de todas las trabas puestas á su circulación por el gobierno absoluto de Fernando VII, estos

en breve reconocimos que perdería de su valor la obra, que en mucha parte se puede mirar como una recopilación de excelentes observaciones, que más que la historia de su siglo son su parecido y vivísimo retrato.

»Añadir notas explicativas, á primera vista parecía el medio más adecuado de aclarar pasajes que no pueden menos de hacerse oscuros para quien no esté versado en la historia de los postreros años de Luis XIV y de la regencia de Felipe de Orleans. Mas ¿qué hubieran enseñado estas ilustraciones acerca del sistema de Law, por ejemplo, á quien no sabe cuáles fueron los nunca imaginables sueños de este irlandés y los desbarros de la nación entera que, como en una honda sima, sepultó, digámoslo así, sus caudales todos en el más disparatado juego que puede fraguarse la demencia humana, extraña lotería en la cual todas las boletas perdían y ninguna ganaba? El fragmento del mitólogo antiguo, varias escenas del café, la excelente carta de Usbeck, que termina los raciocinios de este interlocutor, aluden á este período tan lamentable por sus results como risible por los fenómenos que le acompañaron, de la historia de Francia. Las cartas relativas á las disputas entre jansenistas y molinistas, entre antagonistas y partidarios de la bula *Unigénitus*, no metieron menos bulla, y no sería menos prolija una circunstanciada explicación de ellas.

»Permitaseme notar aquí que en España nunca las disputas de religión y política en los postreros siglos han tenido la acrimonia que en Francia. No pende esto de más moderación ó más armonía en los ánimos; mucho menos de una indiferencia, especialmente en cuanto á las primeras, que tan mal se avendría con la universal superstición de nuestro país. Otra es la causa, y muy más deplorable. El despotismo de la Inquisición no sufre re-

libros, introducidos de contrabando por la frontera francesa, llevaron por todas partes su ma-

fidias contiendas en asuntos religiosos, que aun en las más indiferentes materias le parecen arriesgadas, porque en breve excitarían los ánimos al examen de cuestiones más altas, en que cifra este tribunal su horrenda prepotencia. Su sangrienta crueldad nunca se ha parado en imponer castigos, y su crasa y supina ignorancia dejaba chico campo á diferencias de opinión entre sus miembros, que siempre en las cuestiones teológicas seguían el dictamen más absurdo, como en las morales los principios más laxos. La ignorancia de los inquisidores es cosa tan anti-guamente conocida en España, que casi desde su institución el dicho «*estudia para inquisidor*» se ha aplicado á los más zotes de cuantos cursan las públicas aulas; y es sabido que en los colegios mayores (con tanto acierto nuevamente, junto con inquisidores y jesuitas, restablecidos) aquellos colegiales que por su completísima estolidez hubieran deshonrado la toga ó la mitra eran provistos de inquisidores. Perdóneme el lector esta digresión procedida de mi entrañable cariño á este tribunal, puesto que la reflexión que la ha ocasionado sea tan obvia.

»Sólo diremos dos palabras de esta versión. Distinta es en todo de la del *Emilio*, distinta de la de las novelas de Voltaire, distinta de la de *El hipocrita*. Consiste esto en que no es traducir ceñirse á poner en una lengua los pensamientos ó los afectos de un autor que los ha expresado en otra. Débense convertir también en la lengua en que se vierte el estilo, las figuras; débesele dar el colorido y el claro obscuro del autor original. Una buena versión es la solución de este problema: ¿cómo hubieran versificado Racine, Pope, Virgilio, Teócrito, Homero en castellano? ¿Cómo hubieran escrito Wieland, Adisson, Montesquieu, Voltaire, Buffón, Cicerón, Tácito, Tucídides, Demóstenes en nuestro romance? La respuesta práctica á esta

léfica influencia, contagiando á gran parte de la juventud, especialmente á los estudiantes, entre quienes corrían con profusión, como sabemos por testimonios dignos de fe, respecto de Alcalá, Salamanca y Sevilla. Por desgracia, algunas de estas versiones estaban escritas con tal primor y arte, y en tan pura lengua castellana, que hacían mucho más temible y peligroso el veneno. Otras eran atropelladas y de

cuestión ha de ser la versión de aquel de los autores que al público se diere; la solución teórica requiere un tomo entero; aquí lo único que diremos es que el profundo conocimiento de ambos idiomas, cosa tan indispensable, es todavía una mínima parte de tantas como no son menos indispensables. Añadiremos que ninguno es buen traductor sin ser excelente autor, y que todavía es dable ser escritor consumado y menos que mediano intérprete. Verdad es que solamente los dechados perfectos son los que se deben traducir: ¿pero qué es del caso trasladar á otro idioma composiciones de una insulsa medianta, y peor aún escritos disparatados? Lidie un escritor consumado con Corneille, con Molière, con Tucídides, con Homero mismo cuerpo á cuerpo; traiga á su patria sus hermosuras todas; no le arredre ni la valentía lírica de Horacio, ni sus satíricos donaires, ni la gracia y la concisa exactitud de sus epístolas; atrévase á emular la acabada perfección de la versificación de Racine, y hasta la de Virgilio, si fuere menester; y yo le fio que sus versiones, puliendo y acrisolando su idioma, serán composiciones clásicas, como lo son en Inglaterra la *Ilíada* de Pope, en Italia el Osián de Cesarotti, el Lucrecio de Marchetti, el Tácito de Davanzati, y el Homero de Voss en Alemania.

»Á 14 de Enero de 1819.—J. MARCHENA.»

pane lucrando, hechas por el Abate para salir del día, con rapidez de menesteroso y sin intención literaria. De aquí enormes desigualdades de estilo, según el humor del intérprete y según la mayor ó menor largueza de los libros que hacían trabajar á Marchena á destajo.

Apenas puede creerse que salieran de la misma pluma la deplorable versión de las *Cartas Persianas*, que parece de un principiante; la extravagantísima del *Emilio*, atestada de arcaísmos, transposiciones desabridas y giros inarmónicos, y la fácil y castiza y donosa de *Cándido*, de *Micromegas* y de *El Ingenuo*, que casi compiten en gracia y limpieza de estilo con los cuentos originales. Esta traducción, muy justamente ponderada por D. Juan Valera, en cuyo primoroso estilo parece haber ejercido alguna remota influencia, prueba lo que Marchena era capaz de hacer en prosa castellana cuando se ponía á ello con algún cuidado y no caía en la tentación de latinizar á todo trapo, como en el famoso *discurso* de que hablaré después. El mérito de la traducción de las *Novelas* puede apreciarse con una sencilla comparación. Moratín, uno de los perfectos modelos, quizá el más perfecto de su tiempo, en la prosa festiva y familiar, tradujo también el *Cándido* de Voltaire (1). La tra-

(1) *Cándido ó el Optimismo*, traducido por Moratín. Cá-

ducción es muy digna de su talento, aunque por justos reparos no figure en la colección de sus obras; y sin embargo, con todos los respetos debidos á tal maestro de lenguaje, no nos atrevemos á decir que venza en gracejo y blanda ironía á la de Marchena. Y aunque parezca cosa baladí, y que está al alcance de cualquier jornalero literario, la traducción de un libro francés en prosa, no debe de ser tan fácil la empresa cuando se trata de castellanzar lo que se traduce, respetando el giro y propiedad de nuestra lengua. Los versos franceses suelen ganar puestos en castellano, pero las buenas traducciones en prosa son tan raras que en todo el fárrago de la literatura del siglo XVIII sólo recordamos, como dignas de especial y entera alabanza, el *Gil Blas* del Padre Isla (á quien bien pueden perdonarse algunas infidelidades al texto original y algunos galicismos leves, en gracia del vigor, animación y naturalidad del conjunto), el delicioso *Robinson* de D. Tomás de Iriarte, y las ya citadas de Moratín y Marchena.

Pero el trabajo más meritorio y más celebrado de nuestro Abate por aquellos días fué

diz: *imprensa de Santiponce*, 1838, 12.º (Creemos falsa la portada: los tipos son los de la imprenta de Cabrerizo en Valencia, y el tamaño el mismo de la colección de novelas que él publicaba.)

la colección de trozos selectos de nuestros clásicos, intitulada *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia* (1). La colección en sí parece pobre y mal ordenada, comparándola con otras antologías del mismo tiempo ó poco anteriores, como el *Teatro crítico de la Elocuencia española* de Capmany ó la de *Poestas Selectas* que formó Quintana. Pero lo notable es un

(1) *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia, ó colección de los trozos más selectos de Poesía, Elocuencia, Historia, Religión y Filosofía Moral y Política de los mejores autores castellanos, puestas en orden por D. Josef Marchena.....* Burdeos, imprenta de D. Pedro Beaume, 1820.—Dos tomos en 4.º (el primero con 147-460 páginas, y el segundo con 656).

El título, y hasta cierto punto el plan de esta compilación, parecen tomados de las *Leçons de Littérature et de Morale*, de Noël y Laplace, que corrían entonces con mucho aprecio para la enseñanza de la lengua francesa en sus clásicos.

La compilación de Marchena salió como en competencia de otra más vasta y mejor ordenada que un año antes habían comenzado á publicar, también en Burdeos, otros dos emigrados españoles: *Biblioteca selecta de Literatura Española, ó modelos de elocuencia y poesía, tomados de los escritores más célebres desde el siglo XIV hasta nuestros días, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua, por P. Mendibil y M. Silvea. Burdeos, en la imprenta de Lawalle, 1819.* Cuatro tomos en 4.º El *Discurso preliminar* es sensato, y erudito para aquel tiempo; pero si carece de las extravagancias del abate Marchena, tampoco tiene sus genialidades felices ni sus atrevimientos ingeniosos.

discurso preliminar y un *exordio*, en que Marchena teje á su modo la historia literaria de España, y nos da en breve y sustancioso resumen sus opiniones críticas é históricas, y hasta morales y religiosas. Lejos están ya de nosotros los tiempos en que este discurso fué puesto en las nubes, aun por literatos que no participaban de las aberraciones políticas y religiosas de Marchena. Don Juan María Mauri, por ejemplo, en su *Espagne Poétique*, aun deplorando «el lenguaje afectado, extraño y trivialmente indígena» de Marchena, estima que este trozo crítico es, por otra parte, «el mejor compuesto, el más nutrido de ideas, el más vigoroso que se haya publicado nunca».

Usando de una expresión vulgarísima, pero muy enérgica, tengo que decir que se cae el alma á los pies cuando, engolosinado uno con tales ponderaciones, acomete la lectura del célebre *discurso* y quiere apurar los quilates de la ciencia crítica de Marchena. Hoy que el libro ha perdido aquella misteriosa aureola que le prestaban de consuno la prohibición y el correr á sombra de tejado, pasma tanto estruendo por cosa tan mediana. La decantada perfección lingüística de Marchena en este fragmento, que quiso presentar como *pieza de examen*, estriba en usar monótona y afectadamente del hipébaton latino con el verbo al fin de la cláusula, venga ó no á cuento y aun-

que desgarre los oídos; en embutir donde quiera las locuciones *muy más, cabe, so capa, y eso más que*, sobre todo esta última, que se le antojaba muy castiza no sé por qué razón; en encrespar toda la oración con vocablos altisonantes revueltos con otros de bajísima y plebeyana ralea; en llenar la prosa de fastidiosísimos versos endecasílabos, y en torcer y descoyuntar de mil modos la frase, dándose casi siempre tal maña que escoge, para rematar el período, la combinación más áspera y chillona. Muy loable era el purismo teórico de Marchena, excelente la doctrina que sobre este particular profesaba (1), y en algunas de sus traducciones no hay duda que predicó con el ejemplo. Pero si sólo le juzgásemos por esta muestra de su prosa original, muy menguado tendríamos que suponer el estudio que había hecho de los clásicos, puesto que no le habían

(1) «De todos los modernos idiomas (dice en este mismo discurso), es el nuestro el que menos con el francés se aviene..... Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés; y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio acá, que los idiomas para remediar sus necesidades han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe, de la lengua latina, de la griega..... y de la arábica hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitaremos, adaptándolos á la índole del castellano.»

enseñado lo primero que debe aprenderse de ellos: la naturalidad. Estilo más enfático y pedantesco que el del tal discurso apenas le conozco en castellano, digo entre las cosas castellanas que merecen ser leídas.

Porque lo merece sin duda, aunque esté lleno de gravísimos errores de hecho y de derecho, y escrito con rencorosa saña de sectario, que traspira desde las primeras líneas. La erudición de Marchena en cosas españolas era cortísima. Hombre de vasta lectura latina y francesa, había saludado muy pocos libros castellanos, aunque éstos los sabía de memoria. Garcilaso, el bachiller La Torre, Cervantes, ambos Luises, Mariana, Hurtado de Mendoza, Herrera y Rioja, Quevedo y Solís, Meléndez y Moratín, constituían para él nuestro tesoro literario. De ellos y pocos más formó su colección: de ellos casi solos trata en el *Discurso preliminar*.

La poesía de la Edad Media es para él letra muerta, aun después de las publicaciones de Sánchez: de los romances tampoco sabe nada, ó lo confunde todo, y ni uno solo de los históricos, cuanto más de los viejos, admite en su colección. Los juicios sobre autores del siglo xvi suelen ser de una petulancia y ligereza intolerables; llama á las obras de Santa Teresa *adesios que excitan la indignación y el desprecio*, y no copia una sola línea de ellas.

Tampoco del venerable Juan de Ávila, ni de otro alguno de los predicadores españoles, porque son «*titres espirituales*». Los ascéticos, con excepción de Fr. Luis de Granada, le parecen *mezquinos* y *risibles*; las obras místicas y de devoción, *cáfila de desatinos* y *extravagancias*, *disparatadas paparruchas*. Los *Nombres de Cristo*, del maestro León, le agradan por el estilo; ¡lástima que *el argumento sea de tan poca importancia*, como que *nada vale!* De obras filosóficas no se hable, porque tales ciencias (basta que lo diga Marchena bajo su palabra) *nunca se han cultivado ni podido cultivar en España*, donde el abominable tribunal de la Inquisición aberrojó los entendimientos, privándolos de la libertad de pensar. ¿Ni qué luz ha de esperarse de los historiadores, *esclavos del estúpido fanatismo*, y llenos de milagros y patrañas? Borrémoslos, pues, sin detenernos en más averiguaciones y deslindes.

Por este sistema de exclusión prosigue Marchena hasta quedarse con Cervantes y con media docena de poetas. Tan extremado en la alabanza como antes lo fué en el vituperio, no sólo afirma que nuestros líricos vencen con gran exceso á los demás de Europa, porque resulta, según su cálculo y teorías, que el fanatismo, calentando la imaginación, despierta y aviva el estro poético, sino que se arroja á

décir que la canción *A las ruinas de Itálica* vale más que todas las odas de Píndaro y Horacio juntas: tremenda andaluzada que ni siquiera en un hijo de Utrera, paisano del verdadero autor de la oda, puede tolerarse. Bella es la canción de las *Ruinas*, y tuvo en su tiempo la novedad de la inspiración arqueológica; pero ¡cuántas composiciones líricas la vencen, aun dentro de nuestro Parnaso! Marchena, amontonando yerro sobre yerro, continúa atribuyendo (como D. Luis José Velázquez) los versos del bachiller La Torre á Quevedo: cita como prueba de la fuerza y originalidad de la dicción poética de éste una traducción de Horacio, que es del Brocense; y finalmente decreta, sin ningún género de salvedades, el principado de la lírica á los andaluces, poniéndose él mismo en el coro (y nada menos que al lado del divino Herrera), no sin anunciar que ya vendrá día en que la posteridad le alce un monumento, vengándole de sus inicuos opresores.

Y, sin embargo, la crítica de Marchena no es vulgar, ni mucho menos, aunque diste hartos de ser la mejor de su tiempo, como han pretendido algunos. Faltan en ella cualidades preciosas que otros tuvieron: el delicado análisis que Capmany, antes y mejor que nadie, aplicó á nuestra prosa; el hondo sentido de la forma poética, la insinuante moderación, el

toque sobrio y firme de Quintana; la lucidez y simpática elegancia de Martínez de la Rosa; el buen instinto, generoso y amplio de Lista; el vigor dialéctico que muestra Reinoso, aún sujeto por las trabas de la árida ideología de su tiempo. En cambio Marchena, hombre de cultura más extensa que profunda, pero cultura notable al cabo y en algunos puntos superior á la de casi todos sus coetáneos, tiene, á falta del juicio, que es la facultad que menos le acompañó en sus obras ni en su vida, una libertad de espíritu aventurera é indisciplinada, que muchas veces le descarría, pero que también le sugiere casuales aciertos, expresados por él con su ingénita bizarría y con aquel original desenfado propio de su temperamento de polemista curtido en las más recias tormentas revolucionarias. De vez en cuando centellean en aquellas extrañas páginas algunas intuiciones felices, algunos rasgos críticos de primer orden: tal es el juicio del *Quijote*; tal alguna consideración sobre el teatro español, perdida entre mucho desvarío que quiere ser pintura de nuestro estado social en el siglo xvii, tan desconocido para Marchena como podía serlo el xiv; tal la distinción entre la verdad poética y la filosófica; tal lo que dice del platonismo erótico; tal el hermoso paralelo entre Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León considerado como prosista, que es quizá el

mejor trozo que escribió Marchena, por más que algo le perjudique la forma retórica de la simetría y la antítesis; tal el buen gusto con que en pocos y chistosos rasgos tilda el castellano de Cienfuegos, en quien le agradaban las ideas y le repugnaba el neologismo. Pero repito que todos estos brillantes destellos lucen en medio de una noche caliginosa, y á cada paso va el lector tropezando, ya con afirmaciones gratuitas, ya con juicios radicalmente falsos, ya con ignorancias de detalle, ya con alardes intempestivos de ateísmo y despreocupación, ya con brutales y sañudas injurias contra España, ya con vilísimos rasgos de mala fe. En literatura, su criterio es el de Boileau; y aunque esto parezca inverosímil, un hombre como Marchena, que en materias religiosas, políticas y sociales llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en literatura es, como su maestro Voltaire, acólito sumiso de la iglesia neo clásica; observador fiel de los cánones y prácticas de los preceptistas del siglo de Luis XIV, y furibundo enemigo de los modernos estudios y teorías sobre la belleza y el arte, de «esa nueva obscurísima escolástica, con nombre de Estética, que califica de *romántico* ó novelesco cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda». Para Marchena, como para todos los volterianos

rezagados, para José María Chénier, para Daunou, para La Harpe antes y después de su conversión, Racine y Molière continuaban siendo las columnas de Hércules del arte. En su crítica y en su estética (si es lícito usar aquí este nombre por él tan aborrecido) no le cuadraba mal á Marchena ese apodo de *abate* que quizá con intención sarcástica añadían siempre á su apellido sus contemporáneos: porque en esto continuaba siendo un abate del siglo XVIII. Á Shakspeare le llama *lodazal de la más repugnante barbarie*; á Byron ni aun le nombra: de Goethe no conoce ó no quiere conocer más que el *Werther*.

Juzgadas con este criterio nuestras letras, todo en ellas había de parecer excepcional y monstruoso. Restringido arbitrariamente el principio de imitación, que el realismo español había interpretado con tan amplio sentido; entendida con espíritu mezquino la antigüedad misma (¿ni qué otra cosa había de esperarse de quien dice que *Esquilo violó las reglas del drama*, es decir, las reglas del abate D'Aubignac?); convertidos en pauta y jemplar únicos los artificiales productos de una cultura cortesana y refinadísima, flores por la mayor parte de invernadero, sólo el buen gusto y el instinto de lo bello podían salvar al crítico en los pormenores y en la aplicación de sus reglas, y ciertamente salvan más de una vez á Mar-

chena. Pero aun en estos casos es tan inseguro y contradictorio su juicio, parecen tan caprichosos sus amores y sus odios, y tan podrida está la raíz de su criterio histórico, que los mismos esfuerzos que hace para dar á su crítica carácter trascendental y entretener la historia literaria con los hilos de la historia externa, sólo sirven para despeñarle. Bien puede decirse que todo autor español comienza por desagradarle en el mero hecho de ser español y católico, y necesita un gran esfuerzo para sobreponerse á esta prevención. No concibe literatura grande y floreciente sin espíritu irreligioso; y cegado por tal manía, ora se empeña en demostrar que los españoles de la Edad Media eran muy tolerantes y hasta indiferentes en religión, como si no protestaran de lo contrario las hogueras que encendió San Fernando, las matanzas de judíos, los actos de la Inquisición catalana, y todos nuestros cuerpos legales; ora se atreve á poner lengua (caso raro en un español) en la veneranda figura de la Reina Católica, á quien llama «implacable en sus venganzas, y sin fe en la conducta pública»; ora coloca al libelista Fr. Pablo Sarpi en puesto más eminente que á todos nuestros historiadores por el solo hecho de haber sido tenido por protestante aunque solapado; ora desprecia como *bárbara cáfila de expresiones escolásticas* la ciencia de Santo Tomás y de

Suárez; ora niega porque sí, y por quitar una gloria más á su patria, la realidad del mapa geodésico del maestro Esquivel, de que dan fe por vista de ojos Ambrosio de Morales y otros testigos irrecusables; ora explica la sabiduría de Luis Vives por haberse educado fuera de la Península (olvidando, sin duda, sus vehementes diatribas contra la universidad de París); ora califica de patraña un hecho tan judicialmente comprobado como el asesinato del Niño de la Guardia; ora imagina desbarrando que los *monopantos* de Quevedo son los jesuitas; ora calumnia feamente á la Inquisición, atribuyéndola el desarrollo del molinosismo, que ella castigó sin paz y sin tregua; ora nos enseña como profundo descubrimiento filosófico que los *inmundos trágicos de la Epistola Moral* son «nuestros frailes, los más torpes y disolutos de los mortales, encenagados en los más hediondos vicios, escoria del linaje humano».

Pero lo más curioso y extravagante es la razón que da para que no incluir en su colección mayor número de trozos de Fr. Luis de Granada, á pesar de lo muy persuadido que estaba del soberano mérito de este escritor, que parece haber sido el predilecto suyo entre los nuestros. ¡La razón es que le tenía por *inmoral!* Y ciertamente que su moral era todo lo más contrario á la extraña moral de

Marchena, el cual en otra parte de este abigarrado discurso, donde todo es intemperante, el pensamiento y la expresión, truena, con frases tan estrambóticas como grande es la aberración de las ideas, contra «*la moral ascética, enemiga de los deleites sensuales en que la reproducción del humano linaje se vincula, tras de los cuales corren ambos sexos á porfia*». Él profesa la *moral de la naturaleza*, «la de Tránsito y Timoleón»; y en cuanto á dogma, no nos dice claro si por aquella fecha era ateo ó panteísta, puesto caso que del deísmo de Voltaire había ya pasado y no aceptaba ningún género de Teodicea, dejando en la categoría de los asertos más ó menos verosímiles y sujetos al cálculo de probabilidades, «la existencia de una ó muchas naturalezas increadas, distintas de la materia, y señoras de ella; la multiplicidad de sustancias en el sér humano; la incorruptibilidad de unas cuando se corrompen las otras».

Qui habitat in cælis irridebit eos; y en verdad que parece ironía de la Providencia que la nombradía literaria de aquel desalmado jacobino, que en París abrió cátedras de ateísmo, ande vinculada principalmente (¿quién había de decirlo?) á una oda de asunto religioso, la oda *Á Cristo crucificado*. De esta feliz inspiración quedó el autor tan satisfecho, que con su habitual é inverosímil franqueza,

no sólo la pone por modelo en su colección de clásicos, sino que la elogia cándidamente en el preámbulo, y, comparándose con Chateaubriand, cuya fama de poeta cristiano le sacaba de quicio, y de cuyos *Mártires* decía que «son una ensalada compuesta de mil hierbas, acedas aquéllas, saladas estotras, y que juntas forman el más repugnante y asqueroso almodrote que gustar pudo el paladar humano», exclama con estudiantil desgarro: «Entre el poeta de *Los Mártires* y la oda *A Cristo crucificado* media esta diferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree, y cree lo que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree y no cree lo que sabe.»

La inmodestia del autor por una parte, y por otra los excesivos elogios que en todo tiempo han tributado á esta oda los críticos de la escuela literaria á que el autor pertenecía, contribuyen á que la composición de Marchena no haga en todos los lectores el efecto que por su robusta entonación debiera. El autor la admiró por todos y antes que todos, se decretó por ella una estatua y nada nos dejó que admirar. Así y todo, es pieza notable, algo artificial y pomposa, demasiado *herreriana* con imitaciones muy directas, desigual en la versificación, desproporcionada en sus miembros, pequeña para tan grandioso plan, que quiere ser nada menos que la expo-

sición de toda la economía del Cristianismo; y, por último, fría y poco fervorosa, como era de temer del autor, aunque muchos con exceso de buena fe hayan creído descubrir en ella verdadero espíritu religioso. Si lo que Marchena se propuso, según parece, fué demostrar que sin fe pueden tratarse magistralmente los temas sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento y de muchas humanidades calcar frases de los libros santos y frases de León y de Herrera, y zurcirlas en una oda, que no será ni mejor ni peor que todas las odas de escuela; pero de esto al arranque espontáneo de la inspiración religiosa, ¡cuánto camino! Júzguese por las primeras estancias de la oda de Marchena, que, si bien compuestas de taracea, tienen ciertamente rotundidad y número, y vienen á ser las mejores de esta composición, en que *todo es cabeza*, como si el autor, fatigado de tan valiente principio, se hubiese dormido al medio de la jornada:

Canto al Verbo divino,
No cuando inmenso, en piélagos de gloria,
Más allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y *el Padre se embebece*

En la perfecta forma no creada (1),
Ni cuando de victoria
La sien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Averno,
Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre conjurada.

No le canto tremendo
En nube envuelto horrisono-tonante,
Del Faraón el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando
Que en los abismos de la mar se hundieron,
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el rauda viento,
No fueron : la mar vino,
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amón y Canaán se estremecieron.

Muy inferiores á ésta son las demás poesías de Marchena, que él con la misma falta de modestia va poniendo por dechados en sus géneros respectivos. Todas ellas figuran en la colección manuscrita de París, siendo la más notable una *Epístola sobre la libertad política*, dirigida al insigne geómetra español D. José María Lanz, creador, juntamente con don

(1) ¡Admirablemente dicho! Si toda la canción estuviese escrita como este sublime rasgo, sería de un gran poeta.

Agustín Betancurt, de la nueva ciencia de la *Cinemática* (1).

En general, esta epístola está pésimamente versificada, llena de asonancias ilícitas, de sinéresis violentas y de prosaicos ripios; muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, obstinado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria. Hay, no obstante, algunos tercetos dignos de notarse por lo feliz de la idea ó de la imagen, ya que no de la expresión, y porque además nos dan el pensamiento político de su autor acerca de la revolución después de pasados los primeros hervores de ella:

Tal la revolución francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrancando del ejido;

(1) La obra de estos dos ingenieros españoles, titulada *Essai sur la composition des machines*, cuya segunda edición es de 1819 (ignoro la fecha de la primera), obtuvo los elogios de Monge y sirvió de texto por muchos años en la Escuela Politécnica de París.

La amistad de Marchena con Lanz hubo de fundarse, no solamente en la comunidad de ideas políticas, sino también en la afición de Marchena á los estudios matemáticos. Aludiendo á esto en su *Discurso*, dice de sí mismo que «había hecho como el enano de Saturno en el *Micro-megas*, de Voltaire, muchos cálculos largos y muchos versos cortos.»